

Sumario

El autor, en el contexto de una propuesta de Lectio Divina, se aproxima a los primeros ocho versículos del Salmo 119, donde se delinea el perfil de un “Discípulo” de la Toráb, que es ante todo un “oyente” de la Palabra. Inicia con los v. 1-3 presentando un retrato dinámico del “oyente de la Palabra”; continúa resaltando el drama de la fidelidad a la Alianza (v. 4-7), en el cual se constata que no es fácil mantenerse en el camino de Dios; y culmina con un declaración de amor apoyada en la fidelidad de Dios (v. 8).

El perfil de un discípulo “oyente de la palabra”

**Una propuesta de Lectio
del Salmo 119, 1-8**

P. Fidel Oñoro, cjm

*Director del Centro Bíblico para América Latina-
CEBIPAL*

En esta ocasión nos aproximaremos a los primeros ocho versículos de este Salmo, donde se delinea el perfil de un “Discípulo” de la Toráh, que es ante todo un “oyente” de la Palabra.

Al abordar este texto tenemos en vista la próxima V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se realizará en Mayo de 2007, que tiene como tema: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para nuestro pueblos en Él tengan vida”.

Comencemos abandonándonos al soplo del Santo Espíritu de Dios, porque la Lectio es mucho más que un estudio, es una experiencia espiritual. Enseguida leeremos el texto de los primeros versículos del Salmo 119 (vv.1-8).

- 1 Dichosos los que van por camino perfecto, / los que caminan en la Ley de Yahveh.
- 2 Dichosos los que practican sus enseñanzas, / los que le buscan con todo el corazón,
- 3 Ellos, es verdad, no cometen iniquidad, / sino que caminan por sus caminos.
- 4 Tú nos has mandado a practicar / todos tus preceptos cabalmente.
- 5 ¡Ojalá mis caminos sean estables / en la práctica de tus decretos!
- 6 Entonces no tendré vergüenza alguna / si he atendido todos tus mandatos.
- 7 Con corazón sincero te daré gracias, / al aprender tus justos juicios.
- 8 Quiero practicar tus decretos: / ¡tú no me abandones nunca!

106

Detengámonos en el primer momento de la Lectio Divina, que es precisamente el de la “Lectura”, que no consiste simplemente en leer el texto sino en una primera acogida del mismo mediante la exploración de algunos de sus valores. Luego pasaremos a la “Meditación”, porque una vez que la lectura hace sentir el valor de las palabras, la meditación

reposa en el sentido. Y, como siempre, terminaremos orando a Aquel que nos habló primero.

En esta primera estrofa del Salmo 119 distinguimos tres partes:

1. Introducción: Un canto bello y solemne que hace la apertura de todo el Salmo (v.1-3).
 2. El drama de la fidelidad a la Alianza, que es el espacio en el cual el discípulo hace la experiencia de la Palabra (v.4-7)
 3. Conclusión: una declaración de amor apoyada en la fidelidad de Dios (v.8)
1. Un canto bello y solemne que hace la apertura de todo el salmo: Un retrato dinámico del "oyente de la palabra" (v.1-3)

Hay que ponerle atención a los tres primeros versículos; ellos forman una unidad. Éstos hacen de portal de entrada a todo el Salmo. Notemos:

1. Desde el momento inicial se crea un ambiente festivo. Una indicación de "Allegro", que pide intensidad (un "molto"), parece colocarse sobre la partitura al pronunciar dos veces la bienaventuranza: "¡Dichoso!" / "¡Dichoso!". El Salmo debe ser proclamado con fuerza, en un clima de serenidad y de atención gozosa.
2. Esta bendición parece recaer sobre el grupo de peregrinos que están entrando en el Templo: "*Dichosos los que...*" (Ver también el contexto del Salmo anterior). Ellos son recibidos con un alegre canto de cordial acogida y felicitación.
3. Tal como sucede en las "oberturas" de la música clásica, se dejan sentir los temas esenciales de todo el Salmo:
 - La Palabra de Dios genera una dinámica de vida.
 - Esta Palabra es perfecta y genera vidas íntegras.
 - La Palabra es un don al que hay que corresponder con el compromiso-acción.
 - Ésta se convierte en "proyecto de vida" que orienta la existencia, apartando del mal y centrando las opciones por las rutas del bien que llevan a la plenitud.

- La Palabra es llamada que atrae hacia la búsqueda de Dios con todo el ser.

Releamos ahora estos tres primeros e importantes versículos.

“*¡Dichosos los que...!*” (v.1-2). El tono de fiesta, felicidad y gozo con que comienza el Salmo es ante todo un don que brota de la adhesión filial a la Palabra de Dios: ¡Cuando la vida de uno está en sintonía total con Dios, hay felicidad, la vida es una fiesta!

El retrato del “oyente de la Palabra” se describe enseguida.

En el v.1, se dice que es el que adhiere vitalmente a la Palabra. Esta adhesión a Dios aparece simbolizada en la imagen del “*camino*”:

- “*van por camino perfecto...*” (v.1^a)
- “*caminan en la Ley de Yahvé...*” (v.1b)
- “*caminan por sus caminos*” (v.3b)

Aquí el término “camino” describe una dinámica de vida y es una manera de referirse al proyecto de vida, al hacer historia mediante las opciones éticas que cada uno va tomando. El texto dice literalmente “los de camino íntegro”, o sea, integridad de vida, solidez de vida (así empezó también el primero de los Salmos; ver Salmo 1,1-2).

Ampliando la idea del “*camino perfecto*” se coloca en paralelo “*la Ley de Yahvé*”. El término “Ley” suena en el original hebreo como “Torah” y significa ante todo “enseñanza” con el matiz de “orientación” de vida; antes que un término jurídico (que no se excluye) es un término pedagógico y pertenece al ámbito educativo.

Se delinea un itinerario educativo que estructura la existencia y la hace proyecto concreto que se configura a partir de las orientaciones que da Dios. Dios aparece aquí como un “papá-maestro” que no sólo da la vida biológica sino la vida-proyecto que permite la realización plena, con solidez y durabilidad, de ésta.

La imagen inicial del “camino” no se agota en este Salmo. En el Nuevo Testamento los cristianos serán llamados “*los seguidores del Camino*”

(Hechos 9,2) y el "Camino" por excelencia será Jesús: "*Yo soy el camino, la Verdad y la Vida*" (Juan 14,5). Pensemos lo que implica esto.

En el v.2, el retrato sigue con una definición dinámica de la adhesión a la Palabra de Dios: la Palabra se aprende no sólo "oyéndola" sino ante todo "*practicándola*". También le escucharemos a Jesús decir con relación a sus discípulos: "*Dichosos... los que oyen la Palabra de Dios y la guardan*" (Lc 11,28).

Se trata ante todo de "retener", de "arraigar" la propuesta de Dios. Esto es posible gracias a una opción que nace del "*corazón*", o sea de la conciencia y del amor, y que se transforma enseguida en una "*búsqueda*" continua, con todo el ser.

La vivencia de la Palabra no es solamente una aplicación formal de mandamientos sino mucho más, una "*búsqueda*" de Dios "*con todo el corazón*". Es un ejercicio de amor.

En este punto nos parece sentir el eco de preciosos textos bíblicos que hablan de la búsqueda ansiosa de Dios y de su querer:

- "*Buscarás a Yabvé tu Dios; y le encontrarás si le buscas con todo tu corazón y con toda tu alma*" (Dt 4,24).
- "*Les daré corazón para conocerme, pues yo soy Yabvé, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues volverán a mí con todo su corazón*" (Jeremías 24,7).
- "*Me buscaréis y me encontraréis, cuando me solicitéis de todo corazón; me dejaré encontrar de vosotros*" (Jeremías 29,13).

Y viene finalmente, en esta introducción, el momento de la verificación.

El v.3, introduce una confirmación: "*¡Es verdad!*" (o "ciertamente"). El signo del compromiso con la Palabra es su interiorización hasta las raíces de las opciones y de los proyectos. Ésta se vuelve guía ética que parte de los valores asumidos en el corazón.

La constatación se puede ver en la apreciación de las caras de la moneda: (1) Por una parte, y en negativo, quienes han optado "*no cometen*

iniquidad”, no se dejan tentar por la infidelidad que aparta de los caminos del Señor. (2) Por otra parte, y en positivo: *“caminan por sus caminos”*.

2. El drama de la fidelidad a la alianza (v.4-7)

Después de la introducción (v.1-3), el Salmo pasa del canto coral a una oración entonada en primera persona. El tono festivo que acompaña la alabanza no se pierde en este momento de interiorización personal.

El orante retoma, como miembro del pueblo (por eso el v.4 todavía está en plural), lo que Dios ha pedido en el momento de sellar la Alianza. En la grandiosa escena de Éxodo 24,3-8, la primera Alianza, se comienza diciendo: *“vino, pues, Moisés y refirió al pueblo todas las palabras de Yahvé y todas sus normas. Y todo el pueblo respondió a una voz: ‘Cumpliremos todas las palabras que ha dicho Yahvé’”* (24,3).

El v.4 se remite a ese momento fundante del Sinaí y dice: *“Tú nos has mandado a practicar todos tus preceptos cabalmente”*. El orante trae al presente el hecho de que Dios le ha dado a los suyos preceptos precisos que deben ser observados completamente.

En el v.5, de repente se siente una pausa que reflexiona sobre la respuesta, en fidelidad, a la Alianza.

El orante piensa en él en particular, se vuelve realista y expone el problema de la inconstancia: *“¡Ojalá mis caminos sean estables en la práctica de tus decretos!”*. Como quien dice: *“¡Esto es en serio!”*. El “ojalá” pone en primer plano el peligro y quiere decir: *“¡Ay de quien no construye su ruta sobre el terreno sólido de la observancia de los decretos divinos!”*. ¿Dios es fiel, pero nosotros conseguiremos colocarnos al mismo nivel?

El mantenerse en el camino de Dios no es fácil. Ya el Padre de la Iglesia Hilario de Poitiers había dicho: *“Nosotros somos orientados hacia la observancia de la Ley de Dios porque nuestro ánimo es débil a causa de nuestra naturaleza”* (PL 9,509).

Pero el orante no cae en el pesimismo sino que al mirar en el futuro el buen resultado de su fidelidad, se entusiasma y encuentra fuerzas

para continuar. Notemos cómo los dos versículos siguientes (vv.6 y 7) están en tiempo futuro: "*No tendré vergüenza... te daré gracias*". Él se ve airoso a sí mismo ante su comunidad y ante Dios.

En el v.6, la obediencia es descrita poéticamente como un tener los ojos fijos en los labios de Dios cuando pronuncia cada palabra: "*He atendido todos tus mandatos*" (también se puede traducir: "*be puesto mi mirada en...*"). Una imagen más o menos parecida la encontramos en el Salmo 123,2: "*Como los ojos de los siervos en la mano de sus amos*".

Procediendo así, dice él, "*no tendré vergüenza alguna*", es decir "no caeré en el juicio y en la vergüenza en la cual caerán los impíos".

Por el contrario, dice enseguida en el v.7, quien aprende con amor los "*justos juicios*" sentirá brotar en su corazón limpio y transparente una oración de alabanza gozosa, de acción de gracias y reconocimiento a Dios: "*Con corazón sincero te daré gracias*".

3. Una declaración de amor apoyada en la fidelidad de Dios (v.8)

Reposamos ahora en una deliciosa conclusión.

La primera estrofa de este Salmo termina con una declaración de compromiso y una súplica que brota del corazón emocionado del discípulo de la Palabra: "*¡Yo quiero!*" / "*¡Tú no me abandones!*" (v.8).

La certeza contenida en la súplica final contiene una fuerza que impresiona: Dios no abandonará nunca a quien se adhiere plenamente a su querer. La fidelidad de Dios se concreta en su presencia continua que no conoce los límites del espacio ni se agota en todo el tiempo futuro imaginable. Otros Salmos elevan el corazón con un grito semejante. Por ejemplo el Salmo 38,22: "*¡No me abandones, tú, Yabvé, / Dios mío, no estés lejos de mí!*"

Sobre la base de la fidelidad de Dios, el orante apoya su expresión final: "*Quiero practicar tus decretos*" (v.8^a). Por tanto, la vivencia de

la Palabra es la respuesta a una palabra primera, se realiza en medio de todo un impulso de amor que se arroja en los brazos de Dios para querer, buscar y hacer en sintonía con su corazón.

Esto nos recuerda una bella invocación de san Agustín:

*“He deseado con todo el corazón, con toda el alma
y con toda la mente*

amarte a ti y al prójimo como a mí mismo:

lléname de este amor que tanto he deseado”

(PL 37,1535).

Cada una de las líneas de esta primera estrofa del Salmo 119, en el vaivén enfático pero no agotador de los sinónimos de la “Palabra de gracia de Dios”, no han querido otra cosa que incrementar el deseo vivo de este amor.